

VII.  
¡Quanto inco-  
móda este error,  
especialmente à  
los Suizos, gen-  
tes guerreras!

la subsistencia de los Suizos, la permission de ha-  
cer gente para ir à servir à los Estrangeros, im-  
porta summamente à los soberanos que todos los  
subditos sean propios para las armas, y amen la  
guerra. „ Por eso les disconviene los Anabatis-  
tas, gentes que no quieren herir ni matar à nadie,  
„ y que intimidan à otros mas belicosos quanto  
„ está de su parte: porque inspiran escrúpulos de  
„ conciencia sobre la efusion de la sangre humana,  
„ y sobre las pasiones inseparables del exercicio de  
„ las armas. (1)“

## §. III.

VIII.  
Los Deistas sos-  
tienen las mis-  
mas máximas.

Los Socinianos ó Deistas siguieron esta máxi-  
ma de los Anabatistas; y abusando de un lugar  
de Lactancio, relativo à las costumbres de los  
Christianos de su tiempo, han condenado por  
ilicito el uso de la espada, asi en los Soberanos  
como en los Magistrados. Despues se hará ver el  
verdadero sentido de Lactancio.

Por solo este error creyeron algunos, que los  
Príncipes no abrazarían jamás una secta como el  
Deismo, que les quita de la mano el derecho de  
la guerra, que tanto hace respetar su soberanía. Ya  
notamos en el Aparato, que ningun Príncipe, à lo  
que se sabe, profesó claramente el Deismo ò el  
Socinianismo.

Bayle (2), volviendo siempre sus reflexiones  
hácia los Cantones, dice en quanto à este particu-  
lar de los Socinianos. ¿ A quantos Soberanos ve-

(1) Bayl. Diction. art. Socin. remarq. (L) (2) Id. ibid. remarq. (G)

mos que trafican con sus subditos, como un par-  
ticular trafica con sus caballos y rebaños? Levan-  
tan tropas, no para defender sus fronteras, ni para  
atacar à sus enemigos; sino para enviarlos por di-  
nero al servicio de otros Príncipes. Los tales deben  
darse por muy ofendidos, al ver hechos Socinia-  
nos à sus subditos. Sus rentas padecerian desde en-  
tonces un gran menoscabo. De otra parte (añade) los  
mas de los Soberanos se agradan, ò de hacer en-  
tradas en los Estados de sus vecinos, ò de ligarse  
con los que están en guerra, y les importa que se  
crea que nadie les atacará impunemente.

En todas estas miras nada es mas inutil que  
comandar à hombres, que por principio de Religion  
están empeñados en no tomar las armas. A este pro-  
posito refiere un cuento algo galante. Dice que el  
Rey de Polonia, viendose atacado por los Cosa-  
cos rebeldes y por los Tártaros; y teniendo necesi-  
dad de todos sus subditos para rechazar al enemi-  
go, mandó à los Socinianos tomar las armas. Ellos  
respondieron, que su conciencia no podia sufrir  
que se derramase la sangre humana, ni que se hi-  
ciese mal à las criaturas racionales. Sobre lo qual  
se les propuso el medio de ir al Egército sin me-  
ter balas en los mosquetes. Hareis numero (les  
decian) y esto servirá de algo, haciendonos siquie-  
ra mas temibles. Tuvieron harta repugnancia que  
vencer, para abrazar este expediente.

El que refiere este caso, lo pinta con visos de  
una fabula agradable, y hace por defender à los So-  
cinianos de este error, y aun por escusar el mismo  
error. Para lo primero dice: „ He sabido por bue-  
„ na parte, que los Gentiles-hombres Polacos,

IX.  
Caso celebre en-  
tre el Rey de  
Polonia y los So-  
cinianos de sus  
estados.

„ Socinianos, iban al Ejército quando lo pedian las  
 „ leyes del Reyno (1), y que aun algunos se da-  
 „ ban à la profesion de las armas, sin que los obli-  
 „ gase la necesidad de obedecer à las leyes de la  
 „ República de Polonia: su secta no aprobará ja-  
 „ más su conducta en este ultimo caso.“

En el primero y en todo caso hemos visto an-  
 tes à los Anabatistas y à los Socinianos detestar  
 la efusion de la sangre humana sin algun limite ni  
 excepcion, sino una que ya hemos explicado; y es,  
 quando quieran tomar las armas contra sus Prín-  
 cipes, para resistir à su mandato de tomarlas con-  
 tra los enemigos.

XI  
 De la máxima  
 de no tomar las  
 armas, exceptuan  
 los casos de  
 quando no sea à  
 favor de los  
 Deistas, ò con-  
 tra los Prín-  
 cipes Christianos.

El mismo Bayle descubre otra excepcion no  
 menos notable. „ No es algun articulo de fé Soci-  
 „ niana (dice) el renunciar (2) à las Magistraturas  
 „ y à la guerra. Los Socinianos en quanto à esto  
 „ son mas indulgentes à las pasiones que los Men-  
 „ nonitas. No tienen escrúpulo de egercer estos  
 „ cargos en Transilvania; y hay muestras de que  
 „ tomarian las armas como todos los demás hom-  
 „ bres, si tubieran un Soberano de su Religion.“

Vé aqui un bello secreto de los Socinianos,  
 que nos declara Bayle. El horror de estos Filóso-  
 fos no es à la guerra ni al derramamiento de la  
 sangre humana: esto lo dejo ya observado; por-  
 que los vemos relamerse en tanta sangre inocen-  
 te, y en tantas muertes y sediciones como han  
 causado en los paises que les dieron asilo. Su hor-  
 ror es puramente à obedecer à los Soberanos, y à pres-

(1) Bayl. ibid. art. Socin. (Fauste) remarq. (G.)

(2) Id. ibid. remarq. (H)

prestarles el servicio militar. Si se les mandára ha-  
 cer la guerra contra sus Príncipes, no tubieran los  
 escrúpulos de conciencia en que se ahogan de ha-  
 cer la guerra por orden de sus Príncipes.

Miran á estos con todo el desafecto que otros  
 vasallos fieles tienen à los enemigos del Reyno:  
 y así quando los Socinianos tubieran un Soberano de  
 su Religion, tomarian las armas como todos los otros  
 hombres. Pero entretanto que no ha llegado este  
 caso, obrará imprudentemente qualquiera Príncipe  
 que ponga sus armas en las manos de estos; por-  
 que no harán la guerra por él, sino contra él.

De que en Polonia y Transilvania sirvan en  
 la guerra muchos Socinianos, prueba Bayle muy  
 mal que no se enseñe tal error en su secta. Aun las  
 buenas máximas que se profesan y dicen, no se  
 practican siempre. ¿Quanto menor consecuencia se  
 deberá esperar entre la conducta de los hereges  
 y sus caprichosos errores?

Tambien trabaja Bayle por escusar la máxima  
 Sociniana, que condena el uso de las armas. Esto  
 lo hace en el modo malicioso con que expone el  
 dicho error.

„ Los Socinianos (dice) son mas rigidos que (1)  
 „ el resto de los Christianos, sobre la prohibicion  
 „ de la venganza, y sobre la renunciacion de los  
 „ honores mundanos: no buscan endulzamientos,  
 „ ni explicaciones figuradas à los textos del Evan-  
 „ gelio que se ordenan à las costumbres. Han res-  
 „ tablecido la severidad de la Iglesia primitiva, que  
 „ no aprobaba que el Christiano se mezclase en las  
 „ Ma-

(1) Id. ibid.

„ Magistraturas, ni tubiese alguna parte en la muerte de su progimo, hasta no consentir que acusasen à los malhechores. “ Esto lo guarnece con la sentencia singular de Lactancio à que se responderá.

Bayle hace en esto como uno de los Filósofos de estos siglos. Ellos son muy próximos à los Deistas, y el Deismo es una semejante Filosofía. Oygamos hablar contra la guerra justa è injusta à otros Filósofos muy bellos y humanos.

## §. IV.

XI.  
Siguen y propagan estas perniciosas máximas los Filósofos.

Si no tubieramos documentos firmes sobre que juzgar del espíritu de los nuevos Filósofos, creyeramos que era un afecto de compasion por los hombres el que les hace gritar y declamar tan importuna y afeminadamente contra la guerra; pero fuera de un movimiento de vanidad que les hace meterse en todo, no es sino un odio à los Soberanos y al orden público quien les dicta sus lecciones contra la Táctica, y contra todo el uso de las armas.

Despues que Voltaire desbrava su fiereza contra los Príncipes en mil expresiones indecentes, añade, que son unos bárbaros sedentarios, por quienes los que defienden la patria, cometen la locura de ir à dejarse degollar. Su parecer, es que ningun hombre tomase las armas por ellos, sino mas bien contra ellos; porque según su juicio, los Príncipes son los unicos à quienes se debia castigar personalmente.

Yo no afirmo que estos hombres insolentes crean lo

lo que dicen; ni que dejarían de tomar las armas, ò por lo menos los venenos y trayciones, que son mas conformes à sus viles espíritus, si con tales servicios pudieran lisonjear à algun Príncipe y ganar su gracia. Pero quando fuera así, y no supieran ni sintieran lo que pronuncian, ¿puede esto dejar de ser perniciosísimo à quantos leen sus libros y folletos?

En ellos hay por otra parte aquellas sales que pueden ser del gusto mal sano de la juventud, que se destina à llevar las armas; y muchos de estos mozos hacen su leccion, conversacion y placer sobre las palabradadas y coplas de aquel Filósofo bufonesco y sucio. ¿Qué espíritu militar podrán formar sobre tales exortaciones? Aunque no hubiera otro inconveniente que temer, sería bien fundado y justificado el zelo con que un Oficial General quitaba poco há entre nosotros el grado à cualquiera de los que servian en su Tropa, si les hallaba tan pestilenciales librejos. De tres supe, à quienes arrancó el cingulo militar, y los arrojó del servicio porque gustaban de tan corrompida leccion. En esto no obraba solamente por las obligaciones de un verdadero y egemplar Cathólico, como lo era; sino tambien por las reglas de la prudencia humana y militar. ¿Pues qué confianza podría tener de tales soldados, ni qué cosa podría encargar à los que estudiaban el arte de corromper?

Gritarán los Filósofos llamando un pecado irremisible à la práctica de este General, como llamaron à otra semejante que observaba el Duque de Malborough; (1) pero discurrendo seriamente, se cree

(1) Disertar. cont. l'abolissement du Christianisme, page 466. 167. (1)

cree hasta entre los Ingleses „ Que un Oficial , ca-  
 „ paz de insultar la Divinidad , podrá llegar algun  
 „ dia à excitar un motin contra su Gefe. “ Y so-  
 bre todo dicen , que el General de un Egercito In-  
 glés correría riesgo de ser muy mal obedecido , si  
 sus soldados no tubieran respeto à sus ordenanzas,  
 ya que no lo tengan à la ley de Dios. Esto mira  
 precisamente al caso en que estamos acerca de res-  
 petar las leyes de la guerra , como sugieren los  
 Deistas.

§. V.

Este es verdaderamente el espíritu con que los  
 Filósofos disuaden la guerra , y del mismo calibre  
 es el zelo con que truenan contra los Predicadores  
 Cathólicos, porque en sus sermones no toman por  
 asunto el persuadir al pueblo à no llevar las armas,  
 ò à dejarlas.

„ En todos los discursos de un Francés llama-  
 „ do Masillon , no hay siquiera uno ( dice Vol-  
 „ taire) donde este Orador se atreva à elevarse con-  
 „ tra el azote y crimen de la guerra (1), que con-  
 „ tiene todos los otros azotes y delitos. Los des-  
 „ graciados arenguistas hablan sin cesar contra el  
 „ amor, que es la unica consolacion del genero hu-  
 „ mano , y la sola manera de repararlo : pero no  
 „ dicen una palabra de los esfuerzos abominables  
 „ que nosotros hacemos por extinguirlo. “

En todo habla sin juicio y contra verdad este  
 hombre esclavo de la mentira y de las torpes pa-  
 siones. ¿Quién sinò un loco culpára à los Oradores,  
 por-

XII.  
 Con tal espíritu  
 nos reprochan,  
 que no predica-  
 mos contra las  
 guerras.

XIII.  
 Se disipan sus  
 necesidades.

(1) Volcrair. Dictionair. Philosophiq. art. Guerre.

MAXIMAS IMPIAS CONTRA LOS GOBIERNOS. 201  
 porque en sus discursos al público no le pintan los  
 males y peligros que lleva consigo la guerra?

¿Los Oradores, aunque sean Gentiles, deben en-  
 tretener à los pueblos sobre acciones que ellos no  
 resuelven ni juzgan? ¿Sería menos que un necio ò  
 un fanático el Predicador que hiciese à su audito-  
 rio un largo razonamiento , sobre las convenien-  
 cias que podia traer al Reyno un tratado de paz  
 y de comercio con otra Nacion? Los Sermones no  
 se dirigen à objetos, que no son de la esfera de los  
 oyentes. Las conveniencias de la paz ò de la guer-  
 ra se pesan y consideran en el gabinete secreto de  
 los Príncipes, y en el Consejo de los Generales y  
 Letrados. No son estas deliberaciones las que se  
 proponen à un pueblo Christiano quando se con-  
 grega en el Templo à oir la Misa y el Sermon.

Mucho menos es la guerra un delito ni causa  
 de todos los delitos , de que el Predicador deba di-  
 suadir al pueblo. Asi no podia hablar sino un Filó-  
 sofo Sociniano ò Anabatista, ò fanático. La guer-  
 ra tomada en sí misma no es algun pecado y puede  
 ser de grande mérito para Dios y para la patria, co-  
 mo veremos de aqui à poco.

Fuera de que el estado presente de los hombres  
 hará conocer à qualquiera que use de una mediana  
 reflexion , que no es necesario inspirar el amor à la  
 tranquilidad, contraria à la profesion de la guer-  
 ra. La flojedad y el gusto por el reposo y quietud  
 doméstica, se ha hecho tan dominante en los ani-  
 mos de los ciudadanos y en todos los ordenes de  
 personas , que hay poquisimos que quieran hoy las  
 armas. De otros tiempos leemos que una Nacion  
 contaba tantos soldados , quantos eran los hombres

XIV.  
 No es la guerra  
 por sí , delito ni  
 causa de todos  
 los delitos, co-  
 mo dicen los Fi-  
 lósofos.

capaces de juntarse à la primera señal. Sin la necesidad de agotar el público tesoro, cada uno corría à las fronteras à defender la libertad de la patria; así por el honor, como por conservar su propia casa, muger, hijos, heredades, ganados, y todos sus bienes. Al presente se ha visto que un pueblo de mil vecinos no pudo juntar cinco hombres que se le exigian para el Ejército: y para que à cada uno no le toque esta suerte, se hacen votos, promesas, y en lo humano se apuran todos los artificios y mañas.

xv. Mas necesidad hay de excitar al servicio militar los animos flojos, que de predicar que no se gan à la guerra.

¿Pide este temperamento el que los Predicadores se esfuerzen à inspirar horror à la guerra, quando está mas cerca el caso de ser necesario que los mismos Predicadores los exorten para hacer la defensa precisa de sus vidas y las de otros? ¿Quánto mas oportuno y justo será que los Predicadores expongan à los pueblos la obligacion que tienen de salir al servicio de la patria y del Soberano; siempre que éste, consideradas las causas è intereses inescusables, lo haya juzgado necesario? Esta obligacion es la que parece estar mas olvidada por los subditos; y que les urge tanto mas, quanto la guerra fuere mas justa, y ellos sean mejores y mas fieles Christianos.

La doctrina que despues de esta sería tambien muy propia de los Predicadores, es la que el Bautista daba à los soldados que le preguntaban, como evitarian la ira de Dios, y le servirian, sirviendo à sus Gefes en la profesion de las armas. Sobre la respuesta que les dió el Bautista, y está en el Evangelio, sería conveniente y oportuno que los Predicadores inspirasen en los animos de los

Luc. 3. 14.

sol-

MAXIMAS IMPIAS CONTRA LOS GOBIERNOS. 203

soldados el horror à toda rapiña con que hacen mas daño que los enemigos; y el temor à la torpeza y lujuria, por quien reciben mas estrago y mas heridas del cuchillo de los Cirujanos que de la espada de los enemigos.

Pero en todo tenemos el trabajo de sentir y pensar al contrario de los Filósofos amorosos. Llorra Voltaire el que los Predicadores Cathólicos enojen su amor, que es la única consolacion del género humano. ¡Quién vio jamás tanto verdor en un viejo seco! ¡Quan donosa y venerable no es una barba cana y filosófica, regada de babas, ò cubierta con la espuma de un caballo rijoso, ò de un cabrio en el furor de su zelo!

¡De el amor quiere este Señor que diserten los Oradores Christianos! Supuesto que nadie sospechará que habla del amor de Dios ni de la patria, porque para los Filósofos no son estas sino ideas fantasticas y Platónicas, ¿quién le negará que no sea muy necesario que los Predicadores tomen ahora el tema de soplar en medio de los pueblos el amor lascivo y carnal? Apélo à las Naciones mas bárbaras, y à todos los pueblos mas ciegos, antiguos y modernos, y los conjuro à que digan si nació alguna vez entre ellos algun animal que arrostrase à una desvergüenza tan pública.

Quando los Predicadores han dirigido su palabra à Soberanos y Príncipes christianos que tenian presentes, no han dejado de ponderarles el gravísimo cargo à que se rendían por las consecuencias de una guerra resuelta sin necesidad ò sin justicia, y egecutada sin regla y sin moderacion. Si Voltaire y sus confilósofos tubieran orejas de oír sermones,

XVI.  
Respondese à los que nbs mandan predicar del amor torpe.

XVIII.  
Disertacion de los Cardenales, no contra la guerra sino contra su crueldad.

XVII.  
Quando se predicó à Reyes, se les dió la doctrina contra las guerras voluntarias ò injustas.

Cc 2

ú

ù ojos para leerlos; verian en ese *Francés llamado Masillon*, discursos eloqüentísimos y ardientes, donde pinta muchas veces y por diversos lados el horrible quadro de la guerra (1). Pero este sábio Orador conociendo bien que la guerra es una accion indiferente, no se proponia el declamar tanto contra ella, como contra la ambicion (2) de los Conquistadores, contra el orgullo y gloria de los Grandes (3), y contra los demás vicios adonde puede ladearse el poder de los Soberanos (4); y que son las raíces de las guerras injustas.

Predicar contra la guerra absolutamente, sería dar voces tan necias como si al pueblo se le exortára contra la peste, contra las tempestades y contra otras calamidades, que aunque sean males, son males inevitables y necesarios, al menos respecto del pueblo.

De los Oradores Españoles no falta entre muchos inútiles y sin sentido (como hay en todas las Naciones) un numero de sabios que han representado los males de la guerra con la necesidad y moderación que debe precederla y acompañarla.

En un Sermon que predicó el Padre Vieira, en la Cathedral de la Bahía el año 1639. habla así: „ No todas las guerras tienen un mismo fin: unas „ mueve la vanidad, (5) otras la codicia, otras la „ justicia, y otras la necesidad. La que mueve la va- „ nidad, tiene por fin el triunfo: la que mueve la

(1) Masill. Sermon du premier dimanche. petit Careme.

(2) Id. mister. Sermon de la passion de notre Seigneur. Sermon de la Visitation de la Sainte Virge. (3) Id. Sermon de la Purification.

(4) Id. Sermon du 3. dimanche. petit careme. Sermon des Rameaux. petit careme. Pensees art. Souverains, & art. Vanité, &c.

(5) Sermon. 12. del Rosario num. 444. 445.

„ codicia, tiene por fin el despojo: la que mueve „ la justicia, ò es movida de la necesidad, tiene por „ fin la paz; y tal es la nuestra: *Pacem debet ha- „ bere voluntas, bellum necessitas*. La paz ha de ser „ voluntaria siempre, y la guerra forzada; solo la „ necesidad ha de obligar à la guerra; pero la vo- „ luntad siempre ha de desear la paz: ya lo ha- „ bia dicho antes Marco Tulio... La guerra (dice) „ tomada por temeridad es de brutos; la forzada y „ por necesidad es de hombres. Como hombres „ peleamos por la conservacion de la paz, y no por „ la ambicion de la victoria; como justos solo pre- „ tendemos defender lo proprio y no conquistar „ lo ageno: como soldados solo tomamos las armas „ contra las armas... *Sola gerat miles quibus arma „ coerceat arma*. “ Y luego inmediatamente pinta así la cruel guerra que habian hecho los Bárbaros y Hereges en la Provincia de Pernambuco.

„ ¿Qué parte hay en este dilatadísimo cuerpo, „ ò mas vecina ò mas remota, que no padezca gran- „ des dolores y cada dia mayores? El mar infesta- „ do, los puertos impedidos, las costas con per- „ petuos rebatos amenazadas, las campañas taladas, „ las labranzas abrasadas, las casas despobladas y „ destruidas, las Ciudades y Villas arruinadas, los „ Templos y los Altares profanados, las personas „ de todo estado, condicion, sexo, y edad desaca- „ tadas, y por mil modos oprimidas; las prisiones, „ los destierros, las pobrezas, la hambre, la sed: „ unos muertos en los bosques, otros ahilados en „ los desiertos, huyendo de los hombres para ser „ pasto de las aves y de las fieras: las mugeres y ni- „ ños inocentes entregados à la furia y voracidad

„ de

XVIII.  
Discursos de algunos Oradores Cathólicos, no contra la guerra sino contra su abuso.

XIV  
Quando se pre-  
ta a sephar  
le diu se  
na coner  
mulo volu-  
laxa o iustice

„ de los Bárbaros; y los propios cadaveres, con hor-  
 „ ror de la misma naturaleza, incestuosamente afren-  
 „ tados; las muertes inhumanas à sangre fria; las tray-  
 „ ciones, las crueldades, los rigores, los martyrios,  
 „ y tantos otros generos de la herética tyranía con-  
 „ trarios à toda la fé y derecho de las gentes, y  
 „ de ningun modo comprehendidos debajo del  
 „ nombre de guerra; esta es la guerra que pade-  
 „ cemos. Esta es (vuelvo à decir) la guerra que pa-  
 „ decemos, y estos los dolores, cuyos gemidos pa-  
 „ sados sobre tanto mar, llegan tarde y frios à Eu-  
 „ ropa, ò engañada ò divertida.“

El Padre Guerra tiene, bajo este nombre, ser-  
 mones y pensamientos de paz, dirigidos à desviar  
 de nuestros fines las guerras no necesarias. Hace ha-  
 blar à San Luis, y por su boca (1) dirige estas pa-  
 labras à todos los Príncipes. „ Escusa las guerras  
 „ como madres insolentes de todas las infelicidades;  
 „ y considera antes de moverlas, las culpas y des-  
 „ gracias que envuelve la mas justificada. Si te pre-  
 „ cisáre el legitimo indispensable derecho de mante-  
 „ ner tu territorio, consulta su rompimiento con  
 „ varones desapasionados que no tengan en la mi-  
 „ licia sus interéses. No conduzcas en tus vanderas  
 „ forzados; te escusarás, ò de castigar sus fugas, ò  
 „ de llorar en la ocasion sus flaquezas. No admi-  
 „ tas, en quanto puedas, armas estrangeras; pues  
 „ te obligas à tolerar sus insolencias; ò si los casti-  
 „ gas, à malquistarte con sus Coronas. Mira los  
 „ tristes efectos de la guerra con tan christiano mie-  
 „ do, que procures salvar tantas inocentes vidas que

(1) P. Guerra Oracion. var. orac. 2. de San Luis Rey num. 99.

„ sacrifican sus alientos, porque goces quatro terro-  
 „ nes mas ó menos de tus dominios. Sea insepa-  
 „ rable dogma de tu mente, que porque no perezca  
 „ un inocente, se deben perdonar muchos culpados.“

El Padre Ortensio Paravisino, Predicador de  
 Felipe III. y IV, del mismo Orden de la Santísima  
 Trinidad que el antecedente, dice asi en un Ser-  
 mon de Adviento. „ Lo que importa, es que la  
 „ causa de la guerra sea justa; que siendo, ( como  
 „ dijo San Bernardo ) no puede tener mal suceso.  
 „ *Non potest esse infelix exitus, ubi justa est causa*  
 „ *pugnandi.* La reputacion no la quita un acciden-  
 „ te adverso, sino la intencion mal guiada; no sien-  
 „ dolo, no puede tener buen fin: porque si fue ma-  
 „ lo el suceso, se pierdan las armas, la hacienda, el  
 „ credito: si fue bueno, por el interés de una suer-  
 „ te se pierde la buena opinion, y se grangea la voz  
 „ de tyranía, y raras veces se deja de perder todo,  
 „ Nabucodonosor juró defenderse de todas las Na-  
 „ ciones vecinas quando no le movian guerra nin-  
 „ guna. *Juravit ut defenderet se:* porque quien bus-  
 „ caba causas de destruir à los otros, de los suyos y  
 „ de los estraños se habia menester defender; que  
 „ guerras antojadizas contra los de dentro y los de  
 „ fuera son igualmente; y amigos y enemigos, pro-  
 „ prios y estraños, todos se hallan ofendidos.“

A todos sus Ministros y Predicadores enseña  
 estas mismas máximas la Santa Iglesia Cathólica,  
 cuya doctrina acerca de la disciplina de la guerra con-  
 siderarémós en el articulo que se sigue.